

Necrológica

Rafael García Robles: *in memoriam*

Rafael García Robles adquirió su formación en endocrinología en el Hospital Provincial de Madrid, con el Prof. Palacios. Posteriormente fue médico adjunto en el mismo hospital; simultáneamente a su trabajo completó su formación en la Cátedra de Endocrinología Experimental de la Universidad Complutense, donde realizó su tesis doctoral bajo la dirección de Alberto Oriol.

Gracias a su gran amigo Esteban Mancheño contacté con él, y tuve la fortuna de convencerle para que se incorporara desde su inicio al Servicio de Endocrinología del Hospital Ramón y Cajal para desarrollar el área, entonces heterodoxa y novedosa, de la endocrinología cardiovascular. Su empeño fue de tal calibre que pronto el servicio se convirtió, en buena medida gracias a su esfuerzo, en un referente internacional en este campo.

Su inteligencia, basada en enormes dosis de sentido común e intuición, era sorprendente. Recuerdo su primer viaje a Boston, y con qué rapidez entendió las reglas del juego académico anglosajón y de la proyección internacional, con su mezcla de atención al debate en curso, atrevimiento y respeto a las reglas de colegialidad. Compaginó entonces su trabajo en el servicio con estancias en la Boston University y la Clínica Mayo, donde con su notoria capacidad de seducción estableció contactos que han perdurado hasta hoy. Con su inseparable compañero Luis M. Ruilope realizó una ingente labor en el desarrollo del estudio de la hipertensión arterial en España y en Europa. Igual labor realizaba últimamente con Basilio Moreno en el campo de la obesidad y la resistencia insulínica.

Su producción académica ha sido extraordinaria, tanto en la dirección de tesis doctorales como en presentaciones a congresos y publicaciones internacionales, y esto no sólo en lo que se refiere a la investigación básica sino también a la investigación clínica. No hay duda de que ha dejado el listón muy alto a su sucesora en la unidad, Olga González. En realidad lo ha

mantenido muy alto para todos durante todos estos años, aunque todo ello lo hacía con su único y peculiar espíritu, en el que se combinaban la seriedad de propósito con su irreverencia, su espíritu de curiosidad y su vivacidad, lejos de todo convencionalismo.

Pero esta extensa biografía académica no es ni por asomo su único, siquiera su principal, mérito. Ante todo quiso ser y fue un gran médico hospitalario. De su cordialidad y su capacidad de hacerse amigos obtenía 2 ventajas cruciales para ejercer el arte de sanar. Por un lado, convencía a sus pacientes de que se podían curar, algo fundamental en este menester y que él nunca olvidó. Por otro, desatascaba los oxidados engranajes del hospital y así, engrasándolos con su simpatía, su ejemplo y su capacidad de persuasión, ponía a celadores, enfermeras y médicos a trabajar para su paciente.

Fue un enamorado de la vida y de su trabajo. Pero de todas las cualidades que hacían de él una persona tan entrañable había una sobresaliente y que, a la vez, quedaba oculta para la mayoría. Era su lealtad con los que le enseñaron y su lealtad hacia los que él enseñó. Probablemente fue ésta una cualidad que le vino desde dentro, de su tierra leonesa, de su paisaje de riscos y planos extendidos, del sentimiento de sus raíces. De allí le vino su sentimiento de la donación y de la obligación, junto con el pudor de quienes dicen las cosas haciéndolas.

Supo que un hospital, un servicio, un encuentro de profesionales y pacientes es una comunidad moral, pequeña o grande, o no es nada. La comunidad moral que es este hospital está consternada, aunque se recuperará. Pero con gran pena afirmo que el Servicio de Endocrinología ya nunca más será igual.

J.M. Sancho

*Jefe del Servicio de Endocrinología y Nutrición.
Hospital Ramón y Cajal. Madrid. España.*